

Cuando se llega a un grado de verdadera creación, la fotografía personal habla mucho de sí, del propio ser humano que la realiza y del creador que la concreta

De muchas maneras ella, Elsa Medina, lo ha dicho: “La fotografía está en todas partes y tiene mucho que ver con cómo estás tú, te enseña a conocerte [...]. Vas reflejando a partir de la fotografía tus vivencias de forma paralela, la foto te enseña en qué momento de tu vida estás tú, te enseña a conocerte [...]. El entender que en cualquier lado puedes hacer un trabajo que te refleje sirve de mucho”.¹ Estas palabras se las dijo al profesor Claudi Carreras de la Universidad de Barcelona y constantemente la fotógrafa ha mantenido esta posición. Y en mucho a eso se debe un permanente proceso de descubrimiento que se encuentra en sus imágenes. Búsqueda –o conciencia del espacio transitable y

¹ Claudi Carreras, *Conversaciones con fotógrafos mexicanos*, Gustavo Gili, Barcelona, 2007.

reproducibles– con hallazgos visuales que lo mismo se dan en el entorno cotidiano –esos pequeños momentos en que nadie suele poner atención: lo minúsculo enaltecido–, que en el ámbito humano, en donde está implicada la visión social de nuestro paisaje del desamparo.

Ella, de muchas maneras, también lo sabe: la memoria vital se va acumulando, somos recepción total del pasado, de nuestra propia historia –sí, se dirá que esto no es nada nuevo pero ¿cómo este actuar vital funciona en la práctica fotográfica?– ¿cuándo esto comienza a permearlo todo, esencialmente al quehacer visual? A finales del año de 2009 mantuvimos una conversación sobre su trabajo. Profesora ella de fotografía –con la enseñanza volcada hacia otros que le es conocida–, pregunté: “¿Cómo educas, cómo enseñas a hacer fotografía a los jóvenes?” La interrogante iba en varios sentidos. Acaso

porque creemos que en la forma en que alguien transmite el saber de lo fotográfico habla mucho de lo que él es como creador. Igualmente porque, en el fondo, cuando se llega a un grado de verdadera creación, la fotografía personal habla mucho de sí, del propio ser humano que la realiza y del creador que la concreta. Y evidentemente porque para conocer a todo fotógrafo necesitamos saber cómo piensa. Y de entrada ella lo señaló en esa charla: “Lo que les trato de transmitir es que lo que vamos viendo es parte de lo que somos [...], también tiene que ver el grado de consciencia que tenemos hacia algún fenómeno”; y agregó: “te vas alimentando de todo lo anterior [...] es un saber acumulado. Esto lo leí en el libro *El beso de Judas* de Joan Fontcuberta, a partir de la foto nosotros aprendemos a ver de otra manera”.² La fotografía: un saber acumulado, nos dijo. Una frase que convoca lo mismo a las posiciones intelectuales de Henri Cartier-Bresson que al pensamiento de Georges Didi-Huberman. ¿De dónde le vienen estas reflexiones a nuestra fotógrafa?

Pues bien, Elsa Medina proviene de una generación clave que se formó en los años cruciales de la fotografía mexicana

² José Antonio Rodríguez, “Elsa Medina. Photography, Accumulated Knowledge”, *Voices of Mexico*, Núm. 86, UNAM, México, septiembre-diciembre, 2009.

de la década de los ochenta donde todo comenzaba a suceder en la cultura de lo fotográfico. Años en donde todas las corrientes, géneros y posiciones se estaban reactualizando, o posicionando o, bien, abandonándose. El fotógrafo, ante la carencia de muy diversas informaciones en la escena nacional (tanto históricas, como teóricas o de retroalimentación con la obra de otros autores) se tuvo que hacer a sí mismo. Tuvo que aprender de qué se trataba su medio, o bien cuál era su naturaleza. Elsa Medina por eso se formó entre los estudios filosóficos y las enseñanzas de un maestro legendario como el fotógrafo Nacho López, quien la acercó al análisis de esa materia tan compleja como es la fotografía.

En ello, el oficio del diarismo dotó a la fotógrafa de una visión sensiblemente humanista (legado de enseñanza que también, en mucho, le viene de Nacho López). Y con ello se forjó una mirada crítica hacia una circunstancia de su entorno social.

Pero algo, o mucho, cambió radicalmente cuando la fotógrafa comenzó a emprender sus personalísimos proyectos en su deambular cotidiano, en un proceso de creación de un nuevo fotodocumentalismo. Pensemos en esos polípticos, que como múltiples cuadros de costumbres les realiza a sus amigos o seres queridos, que se vuelven microhistorias de los afectos y de tiempos que alejados de la espectacularidad recrean cálidos momentos. O los paisajes de Tijuana que ahora



Vida cotidiana durante las elecciones de 1990, Managua, Nicaragua



Mariana. Tijuana, Baja California, 2004